

# El capitán Flint

Antoni Vidal Ferrando

# El capitán Flint

Antoni Vidal Ferrando

Buenos Aires, 2020

© Antoni Vidal Ferrando  
© Digital Agencia Ayesha Libros de Alexander Margulis  
Pasaje Milán 1724  
(1416) Ciudad de Buenos Aires  
República Argentina  
5491154744893

ISBN en trámite



ESTE EJEMPLAR INTEGRA LA  
BIBLIOTECA DIGITAL AYESHA CATALANA  
PUBLICADA EN [WWW.ELORTIBA.ORG](http://WWW.ELORTIBA.ORG)  
EN DICIEMBRE DE 2020  
CON EL AUSPICIO DEL  
INSTITUTO RAMON LLULL DE BARCELONA

## El capitán Flint (1)

Hemos llegado a tal punto de desnaturalización que los delfines, los cachalotes, ciertos paquidermos, un montón de insectos y no cabe decir que los loros tienen mejores sentimientos que la mayoría de los humanos. Pronto hará años que se suicidó el Capitán Flint. No es que tuviera problemas monetarios ni ningún historial de trastornos psicológicos. No es que hubiese participado en el juego de la Ballena Azul. Clarividentes, los loros no necesitan ningún desafío externo para tomar según qué decisiones. No necesitan consultar su horóscopo ni tener acceso a las plataformas virtuales ni leer textos nihilistas o las fantasías de Borges. Es verdad que muerden. Pero se cuenta que, cuando se trata de medir distancias, de resolver problemas o de utilizar unas determinadas herramientas, hay loros que son más listos que las monas. El capitán Flint sabía contar hasta diez y, obstinado, había conseguido articular el nombre de todos los de casa y el de los parientes más próximos. Conocía sus nombres y conocía prácticamente sus currículums. Tanto de los vivos como de los antepasados. Si no hubiese podido hacer una pequeña exhibición de todo ello a diario, se habría vuelto esquivo o habría tenido pesadillas.

Acabó que también podía decir Flann O'Brien, Vilhelm Hammershøi, Alejandra Pizarnik y Joan Salvat-Papasseit sin balbucear. No había estado nunca en Madagascar ni en Providence ni en Portobello, no sabía interpretar los mapas ni reconocer las señales de tormenta como su homónimo de la novela de Robert Louis Stevenson. Tampoco blasfemaba. Pero, escandaloso, entusiástico, mientras oía llover o mientras el sol entraba en la casa para besarle las plumas, no paraba de exclamar: ¡doblones de a ocho, doblones de a ocho! o ¡Todos a sus puestos! Además cantaba bastante bien. El Capitán Flint había aprendido la letra y la música del himno nacional catalán, del cual

hacía una interpretación meritoria y estrepitosa cada vez que oía pasar el coche con los cristales ahumados de don Adolf o la furgoneta de la policía.

Desafiante, insolente, cantaba *Els segadors* con un entusiasmo lapidario. Es uno de mis recuerdos más bellos. Tengo por seguro que Marcel Proust no hubiera sido tan infeliz si hubiera tenido un loro. El nuestro, en buenas condiciones, habría podido vivir más de cien años. No en vano era de una de las especies más distinguidas, más selectas; todos ellos pajarracos sabios y longevos. Precisamente, el Capitán Flint, hasta que le llegó fatalmente su hora – sin duda a causa de una desafortunada, imprevisible, súbita conjunción planetaria – había gozado de una salud pletórica. Su aspecto lo ratificaba: porte atlético, movimientos gráciles, mirada enérgica, desenvoltura. Como si se alimentara de algas marinas o hubiese tenido un harén. De verdad que era un loro apuesto. A la vez era vocinglero y testarudo. Pero, en la práctica, sería imposible encontrar otro que estuviera tan pegado a la familia. Con nosotros, era afable y afectuoso. Antes de exhalar el último suspiro, un viernes de una luminosidad brutal, se quiso despedir de todos los presentes. Se despidió de ellos sin melindres, serenamente, en tres idiomas. No me sorprende que dejara boquiabierto al veterinario.

Pero, a la postre, lo que más llamaba la atención del Capitán Flint era su picardía juguetona. Apenas te veía pasar, desde detrás de los cristales, o sentía tu voz o intuía la proximidad de unas faldas y, rápido, impaciente, ya se disponía a accionar su extenso repertorio de bromas. Puesto que llegó a imitar a la perfección el sonido del teléfono, a menudo se dedicaba a enredar la madeja: se divertía como una criatura cada vez que alguien, confundido por las excelencias de su virtuosismo acústico, acudía a levantar el auricular para contestar una llamada inexistente.

También jugaba con los dedales, con las fichas del parchís y del dominó, con las pequeñas bestias que dormían entre las flores. Cuando se enfadaba o no lo dejaban salir de la jaula, el Capitán Flint se ponía a vociferar

y a morderse las uñas. Hasta que lo amonestabas o le decías basta, se podía pasar horas, días enteros, ante un espejo. Llevaba una idea fija: adiestrase en el arte de la seducción. Aunque no era un loro presumido. En los espejos ensayaba las posturas más idóneas para conquistar las chicas. El Capitán Flint andaba loco por acariciarles los labios, las nalgas, el volumen de los pechos, con su pico gris perla o con el brillo de sus alas verdes.

Pronto va a hacer años que se suicidó. A pesar de aquella apariencia de ser un loro con estudios que lo caracterizaba, yo creo que debió hacerlo por un exceso de amor y no para conseguir prestigio literario. Ocurrió después de la muerte accidental de la pobre Núria Claramunt, la mejor amiga de mi hijo pequeño, que había venido al mundo a pesar de las eventualidades y de las inclemencias de una inestabilidad matrimonial que empezaba a hacer aguas. Núria Claramunt era un querubín, con los labios musicales y cremosos y con aquellos ojos suyos que eran dos océanos, dos imperios. Al llegar a casa, el loro, hiperbólico, ya no la perdía de vista ni dejaba de decirle flores. ¿Es posible que con todo aquello intentara complacer sus zonas genitales? Fuera como fuese, se había enamorado de ella con una adoración inextinguible.

Aún lo tengo presente. Una mañana del mes de julio en que probablemente alguien venía andando de abrir los aspersores de una plantación de árboles frutales o añoraba espacios arquitectónicos con abundantes capiteles corintios; en que el mar exhibía su eterna, imperiosa inmensidad y el cielo era de un azul consistente, de pronto, me di cuenta que el Capitán Flint se había enamorado de Núria Claramunt. Seguramente empujado por las insinuaciones que aquel verano se le transparentaban a través de la blusa de gasa. Del mismo modo que los únicos paraísos son los paraísos perdidos, los amores por excelencia son los amores imposibles. Todos merecen el honor de quedar escritos con acento circunflejo y con letras de oro.



## El capità Flint (1)

Hem arribat a tal punt de desnaturalització que els dofins, els catxalots, certs paquiderms, un munt d'insectes i no cal ni dir que els lloros tenen més bons sentiments que la majoria dels humans. Ben aviat farà anys que es va suïcidat el Capità Flint. No és que tengués problemes monetaris ni cap mena d'història de trastorns psicològics. No és que hagués participat en el joc de la Balena Blava. Clarividents, els lloros no necessiten cap desafiament extern per prendre segons quines decisions. No necessiten consultar el seu horòscop ni tenir accés a les plataformes virtuals ni llegir textos nihilistes o les fantasies de Borges. És veritat que mosseguen. Però diuen que, quan es tracta de mesurar distàncies, de resoldre problemes o d'utilitzar segons quines eines, n'hi ha que són més llests que les moneies. El Capità Flint sabia comptar fins a deu i, obstinat, havia aconseguit articular el nom de tots els de casa i el dels parents més pròxims. Coneixia els seus noms i coneixia pràcticament els seus currículums. Tant dels vius com d'alguns avantpassats. Si no n'hagués pogut fer una petita exhibició a diari, hauria tornat esquerp o hauria tengut malsons.

Va acabar que també podia dir Igor Stravinsky, Flann O'Brien, Vilhelm Hammershøi, Alejandra Pizarnik i Joan Salvat-Papasseit sense embarbussar-se. No havia estat mai a Madagascar ni a Providence ni a Portobello, no sabia interpretar els mapes ni reconèixer els senyals de tempesta com el seu homònim de la novel·la de Robert Louis Stevenson. Tampoc no flastomava. Però, escandalós, entusiàstic, mentre sentia ploure o el sol entrava dins la casa per besar-

li les plomes, no parava d'exclamar: ¡doblons de vuit, doblons de vuit! o ¡cadascú al seu lloc! Endemés cantava prou bé. El Capità Flint havia après la lletra i la música de l'himne nacional català i en feia una interpretació meritòria i estrepitosa cada vegada que sentia passar el cotxe amb els vidres fumats de don Adolf o la furgoneta de la policia.

Desafiant, insolent, cantava *Els segadors* amb un entusiasme lapidari. Jo en tenc un dels meus records més bells. Sé cert que Marcel Proust no hauria estat tan infeliç si hagués tengut un lloro. El nostre, en bones condicions, hauria pogut viure més de cent anys. No endebades era d'una de les espècies més distingides, més selectes; tots ocellots sabuts i longeus. Precisament el Capità Flint, fins que li arribà fatalment la seva hora – de segur que a causa d'una desafortunada, imprevisible, súbita conjunció planetària– havia gaudit d'una salut pletòrica. El seu aspecte ho ratificava: posat atlètic, moviments gràcils, mirada enèrgica, desimboltura. Com si s'alimentàs d'algues marines o hagués tengut un harem. De debò que era un lloro ben plantat. Així mateix era cridaner i caparrut. Però, a la pràctica, seria impossible trobar-ne un altre que estàs tant per la família. Amb nosaltres, era afable i afectuós. Abans d'exhalar el darrer sospir, un divendres d'una claror brutal, es va voler acomiadar de tots els presents. Se n'acomiadà sense melindros, serenament, en tres idiomes. No em ve de nou que deixàs bocabadat el veterinari.

Però, fet i fet, el que més cridava l'atenció del Capità Flint era la seva trapelleria jogassera. Just et veia passar, des de darrere els vidres, o et sentia la veu o intuïa la proximitat d'unes falces i, rabent, frisós, ja es disposava a accionar el seu extens repertori de bromes. Com que arribà a imitar a la perfecció el so del telèfon, sovint es dedicava a embullar la troca: es divertia com una criatura cada cop que

algú, confós per les excel·lències del seu virtuosisme acústic, acudia a alçar l'auricular per contestar una cridada inexistent.

També jugava amb els didals, amb les fitxes del parxís i del dòmino, amb les petites bèsties que dormen dins les flors. Quan s'enfadava o no el deixàvem sortir de la gàbia, el Capità Flint es posava a vociferar i a mossegar-se les ungles. Fins que l'amonestaves o li deis prou, es podia passar hores, dies sencers, davant un mirall. Duia una idea fixa: ensinistrar-se en l'art de la seducció. Però no era un lloro presumit. Dins els miralls, hi assajava les postures més adients per conquistar les dones joves. El capità Flint anava perdut per acariciar-los els llavis, les anques, el volum dels pits, amb el seu bec gris perla o amb el llustre de les seves ales verdes.

Prest farà anys que es va suïcidar. A pesar d'aquella aparença de ser un lloro amb estudis que el caracteritzava, jo crec que ell ho degué fer per un excés d'amor i no per aconseguir prestigi literari. Va ocórrer després de la mort accidental de la pobra Núria Claramunt, la millor amiga del meu fill petit, que havia vingut al món tot i les eventualitats i les inclemències d'una estabilitat matrimonial que començava a fer aigües. Núria Claramunt era un querubí, amb els llavis musicals i cremosos i amb aquells ulls seus que eren dos oceans, dos imperis. En arribar a casa, el lloro, hiperbòlic, ja no la perdia de vista ni parava de tirar-li floretes. ¿És possible que amb tot allò intentés complaure les seves zones genitals? Fos com fos, s'havia enamorat d'ella amb una adoració inextingible.

Encara ho tenc ben present. Un matí de juliol en què probablement qualcú venia a peu d'obrir els aspersors d'una plantació d'arbres fruiters o enyorava espais arquitectònics amb abundància de capitells corintis; en què la mar exhibia la seva eterna, imperiosa immensitat i el cel era d'un blau consistent, de cop i volta, em vaig

adonar que el Capità Flint s'havia enamorat de na Núria Claramunt. Segurament empès per les insinuacions que aquell estiu se li transparentaven a través de la brusa de gasa. Així com els únics paradisos són els paradisos perduts, els amors per excel·lència són els amors impossibles. Tots mereixen l'honor de quedar escrits amb accent circumflex i amb lletres d'or.

(1) Capítol 10 de *Quan el cel embogeix*, AdiA Edicions, 2020

(1) Capítulo 10 de *Quan el cel embogeix* (*Cuando el cielo enloquece*), AdiA Edicions, 2020

## El psiquiatra (1)

Todo cae de las estrellas, sea bueno o malo. Lo digo con la boca llena de escalofríos. Ni siquiera sé desde cuándo he tenido que prescindir de las alegrías del baile y de la música. Este mes ya he llevado pescado al psiquiatra tres veces. El psiquiatra es un sibarita del pescado fresco y de los alimentos naturales. Hasta el punto que cuando me ve llegar, con los zapatos nuevos y las gafas de sol, se apresura a recibirme con una expresión angélica. A mí, me recuerda mi tía monja. Ella era feliz regando las maravillas y con los favores que recibía de la Virgen de Lluc. Pero el psiquiatra es agnóstico y yo creo que algo materialista. Lo que ocurre es que ante los colores plateados de un pez de limón capturado entre los islotes del archipiélago de Cabrera por obra de algún patrón de navío, ante un rancho de pageles que saltan, ante un cesto de setas o de membrillos sedosos se transforma al momento y no puede evitar abandonarse en los brazos de la poesía.

“¿Cómo puede haber llegado a pensar en el suicidio un hombre que jugaba a la brisca con un artista de fama universal como Joan Miró, que no ha de enfrentarse a ninguna deuda inminente, a ningún maleficio profético? Amigo, lo tenéis todo: prestigio, posición, fantasía, una excelente herencia biológica. Os levantáis cada mañana al lado de una mujer que, al pasar por la calle, deja el aire más puro y perfumado. Luego abrís la ventana y lo primero que veis es una franja de mar en el horizonte. ¿Cuántos habría que, el querer comer fruta, les bastaría salir al patio de su casa y alargar los dedos hacia los azufafos, hacia las vides, hacia la pera o la ciruela más jugosa, más brillante, más en su punto?”, me dijo una tarde que le había llevado limones y una botella de licor de hierbas.

Yo creo que el psiquiatra está enamorado de mi esposa. En cierto modo podría ocurrir que me tuviera envidia porque ella es ciudadana belga,

más bien inmune a la mayoría de bacterias y microbios, y una contumaz antibelicista. Pero si me tiene envidia, ¿por qué no quiera que me muera? Y yo, si quiero morirme, ¿por qué me obstino en obsequiar al psiquiatra?

La gente es desconcertante. Ahora más bien ya no toco el saxofón ni el clarinete. Tampoco asisto a espectáculos de danza. Pero la ornitología es otro mundo. Son escasos los días que no me paro a contemplar el cielo hasta que descubro el vuelo majestuoso de alguna milana. Me cantan las manos al dar pan a los pájaros. A veces, soñando, me pongo a volar con los jilgueros de manera frenética. Mi mal no tiene remedio y, sin embargo, sigo confiando en este hombre. Tal vez porque sabe cinco idiomas y recita de memoria al gran Walt Whitman. O porque habitualmente se traslada en bicicleta y no tiene comportamientos adustos ni problemas asmáticos. Además, pinta óptimamente con espátula. Él asegura que mantiene correspondencia con un premio Nobel que hace investigaciones sobre la química de las neuronas. Y eso por no hablar de sus méritos culinarios y ecuestres. Sólo le falta presidir una sociedad filatélica o coleccionar máscaras japonesas.

La consulta, la tiene en la calle de San Alonso, en un piso de lujo. Cuando le llevo el pescado u otros presentes, siempre hay alguien que lo está llamando por teléfono. Todo el mundo requiere sus servicios y, en este sentido, no voy a ser yo quien ponga en duda su inteligencia portentosa ni su honorabilidad. No obstante, no llega a entender lo que me pasa. Ya no se trata únicamente de perder la alegría. La alegría va y viene, y a menudo basta una amenaza de pleito, una irrupción de alopecia, un comunicado de Radio Vaticano, basta saber que una herencia o una buena perspectiva se han ido al garete para compungir a cualquiera. Siempre he pensado que no hace falta hacer ostentación de estados de ánimo que se pueden mitigar con remedios tan naturales como una educada sesión de espiritismo, un porro de hachís bajo una palmera o un viaje a países exóticos. Pero ahora el cerebro me

hierva con excesiva rapidez para recurrir a esta clase de remedios. Hay momentos en que me arrojaría a un horno de cal.

Todo empezó con el halcón. Ellos deben ser los seres más aberrantes del planeta. Manipulan, emponzoñan, coaccionan. Actúan sin estética y sin miramientos. Para atacar, ni siquiera esperan que llegue la luna nueva. Me los imagino muy gremiales, muy devotos de algún mártir de la antigüedad romana, seguramente dados a las cosas ocultas. Lo cierto es que a aquel halcón, un bello halcón de la reina, no lo habían cogido con una simple losa. Me lo encontré en las persianas de la calle al romper el alba. Durante la noche lo habían crucificado ferozmente. Yo me había levantado temprano para ir a comprar panecillos recién sacados del horno y me había puesto el jersey nuevo de hilo de Escocia. Se trataba de impresionar a la panadera de la calle Simonet. Ya mismo me enardezco sólo de pensar en los territorios de sus caderas. O en aquellos labios aterciopelados de viciosa: todo un lujo a la hora de practicar el onanismo.

La muy pécora sólo quería cardar con el vicario. Se llamaba Júlia, pero muchos la llamaban María Magdalena, que es un nombre más apropiado, más evangélico. Con el marido se llevaban unos veinte años. Él fue siempre un eunuco, una pobre víctima propiciatoria. No es extraño que acabara con el hígado maltrecho. De joven, estaba al cuidado de una piara de cerdos. Con los cerdos, los falangistas habían hecho de todo mientras duró la guerra. Era una de sus devociones profundas. Cuando planeaban algún banquete, iban a robar cerdos con una vieja camioneta color de pasa. Ya se los llevaban difuntos. Dicen que lo primero que hacían era partirles el cráneo con una espada de samurái. La espada era un obsequio de un militar de caballería, que figuraba como accionista de un club de alterne y acabó amancebado con una prestidigitadora sudamericana. En aquella época los hechos de esta índole eran harto factibles.

Naturalmente, también eran otros tiempos. El marido de la panadera nació después del treinta y seis. Sus padres regentaban una carnicería muy conocida en la zona. Fabricaban unas morcillas y unos jamones que hubieran hecho las delicias del psiquiatra: buena materia prima y excelentes especias. Su hijo también llegó a lucir habilidades curiosas. A menudo se jactaba de conocer mejor que nadie el sexo de los insectos. Pero, el pobre, abandonó este mundo como un perro apaleado. “¡Julieta, por favor, no quiero morirme sin que me la chupes!”, dijo cuando le daban la extremaunción. Pero ella sólo vivía para los atractivos del vicario.

El tema es que el jueves siempre había sido mi día de la semana predilecto. Bien al contrario de lo que me ocurre ahora. Nada vuelve a ser lo mismo cuando te das cuenta de las numerosas posibilidades que existen de levantarte un jueves y darte de bruces con un halcón de la reina crucificado en las persianas de la calle, al salir de casa, a primeras horas, con un jersey de hilo de Escocia, para ir a comprar un panecillo recién sacado del horno. Según como se mire, podría ser la consecuencia de un desconcierto planetario. Un elevado número de personas no llegan a tener suerte con los signos del zodiaco. Se dice que, al menos, una de cada cuatro. La verdad es que no puedo jurarlo ni ser más preciso.

Referente a los signos zodiacales, el mío es Géminis, regido por Mercurio. Géminis es un signo de aire, y, a mí, ya me va bien. En teoría, soy inconstante y curioso y tengo rapidez mental. Mientras tanto ellos tienen numerario. Infinitas reservas de numerario miméticamente entremezcladas entre las casullas de la sacristía, entre las andróminas del sótano del ayuntamiento. A la postre, se trata de una secta maléfica, con poderes tan intratables como los de ultratumba. Ya hace tiempo que han prendido fuego a los algarrobos y a las leyes de urbanismo. ¿Acabarán urbanizando el cementerio? Lo cierto es que los cabecillas actuales conocen a la perfección mis puntos débiles. Lo saben todo de la voluptuosidad con la que sonrío a la



panadera, y también saben que tengo irrefrenables instintos ornitológicos. Seguro que el alcalde ya los puso al corriente de ello. No me extraña que hayan actuado con una precisión tan quirúrgica. Con todo, no me arrepiento de haber levantado la voz contra su furia destructora ni de haber inundado el pueblo de pasquines.

Antes, en el pueblo me miraban con simpatía. Pero no existe nada que no tenga un final. Primero fue el halcón de la reina, los jueves. Después los ataques se han vuelto imprevisibles. Envían los sicarios cualquier día de la semana. Con halcones, con lechuzas, con enormes búhos, con esbeltos cormoranes, con no sé cuántas tórtolas, que dejan allá, crucificadas, con su inocencia y sus ojos vidriosos abiertos de par en par. ¿Cómo consiguen cometer estos excesos, atrocidades de esta índole, sin que yo los descubra?

Es verdad que cuentan con la protección de las altas instancias y de las tinieblas. Llegan de incógnito, rápidos, nocturnos, cavernosos, y actúan con una desmesura tiránica. Inútilmente he llegado a pasar muchos días sin cerrar los ojos, he intentado no distraerme a causa de la voracidad con la que deseo a la panadera, he habilitado observatorios de vigilancia en ciertas dependencias de la buhardilla, he instalado media docena de cámaras ocultas y, en secreto, he ido acumulando provisiones de arcos y flechas.

Con eso último, me arriesgué mucho: cualquier día el psiquiatra lo podría contar a mi esposa. Al final, ¿para qué? Ellos conocen todas las estrategias y las ponen en práctica de tal modo que se vuelven físicamente invulnerables, y quien sabe si también invisibles.

Hay momentos en que pienso que sería conveniente convocar el espíritu del abuelo. El abuelo guardaba todo tipo de remedios dentro de los límites de la cómoda. Sobre todo remedios contra los estragos de la necesidad y de la traición. Amó inmensamente la geografía de los alcaparros municipales. Convocaría, pues, su espíritu si no fuera por el cataclismo que rige mi vida y la de este pueblo. El abuelo, con ningún par de zapatos, no

encontraría el mar, la casa donde vio la luz por vez primera, un topacio en la hierba, los viejos atajos de los contrabandistas. No encontraría un cerezo, una maceta, una pila de agua sin contaminar. La isla se hunde. Ya no nos queda memoria. Donde había parterres, ahora hay andamios, grúas espeluznantes. Lluve hierro y cuchillos y las raposas matan con absoluta impunidad.

Tengo que irme de aquí, pero ¿a dónde? Vaya a donde vaya, añoraré las caderas vertiginosas de la panadera. Añoraré sus labios imposibles.

(1) De *Els miralls negres (Los espejos negros)*, Editorial Meteora, 2013

## El psiquiatre <sup>(1)</sup>

Tot cau de les estrelles, bo i dolent. Ho dic amb la boca plena de calfreds. Des de no sé quin temps, he hagut de prescindir de les alegries de la dansa i la música. Aquest mes ja fa tres cops que duc peix al psiquiatre. El psiquiatre és un sibarita del peix fresc i dels aliments naturals. Fins i tot, quan em veu arribar, amb les sabates noves i les ulleres de sol, s'apressa a rebre'm amb una expressió angèlica. A mi, em recorda la meva tia monja. Ella era feliç regant meravelleres i amb els favors que rebia de la MaredeDéu de Lluc. Però el psiquiatre és agnòstic, i jo el trob un poc materialista. El que passa és que davant els colors platejats d'una serviola agafada entre els illots de l'arxipèlag de Cabrera, per obra d'algun patró de navili, davant un ranxo de pagells que boten, davant un cistell de gírgoles o de codonys sedosos es transforma tot d'una i no pot evitar d'abandonar-se dins els braços de la poesia.

“¿Com pot haver arribat a pensar en el suïcidi un home que jugava a l'escambrí amb un artista de fama universal com Joan Miró, que no ha de fer front a cap mena de deute imminent, a cap malefici profètic? Amic, ho teniu tot: prestigi, posició, fantasia, una excel·lent herència biològica. Vos aixecau, cada matí, vora una dona que, en passar pel carrer, deixa l'aire més pur i perfumat. Llavors, obriu la finestra i el primer que veis és una llenca de mar a dins l'horitzó. ¿Quants n'hi hauria que, en voler menjar fruita, just haurien de sortir al corral i allargar els dits cap als ginjolers, cap a les parres, cap a la pera o la pruna més sucosa, més brillant, més a punt de collir?”, em va dir un capvespre que li havia duit llimones i un bòtil d'herbes seques.

Jo crec que el psiquiatre està enamorat de la meva dona. D'alguna manera podria ser que em tengués enveja perquè ella és ciutadana belga, quasi immune a la majoria de bacteries i microbis i una contumaç antibel·licista. Però, si em té enveja, ¿per què no vol que em mori? I jo, si vull morir-me, ¿per què m'obstin a obsequiar el psiquiatre?

La gent és desconcertant. Ara quasi bé ja no toc el saxofon ni el clarinet. Tampoc no assistesc a espectacles de dansa. Però l'ornitologia és un altre món. Són clars els dies que no m'atur a contemplar el cel fins que hi descobresc el vol majestuós d'alguna milana. Les mans em canten en donar pa als ocells. A vegades, en somnis, em pos a volar, amb les cadernereres, de manera frenètica. El meu mal no té cura i, tanmateix, segueix confiant en aquest home. Potser perquè sap cinc idiomes i recita de memòria el gran Walt Whitman. O perquè es trasllada habitualment en bicicleta i no té comportaments malhumorosos ni problemes asmàtics. Endemés pinta amb espàtula beníssim. Ell assegura que manté correspondència amb un premi Nobel que fa investigacions sobre la química de les neurones. Això, per no parlar del seus mèrits culinaris i eqüestres. Només li falta presidir una societat filatèlica o col·leccionar màscares japoneses.

La visita, la té al carrer de Sant Alonso, a un pis de luxe. Quan li duc els peixos o altres presents, sempre hi ha algú que el crida per telèfon. Tothom l'estira i, en aquest sentit, no seré jo que posi en dubte la seva intel·ligència portentosa ni la seva honorabilitat. Així i tot, no acaba d'entendre el que em passa. Ja no es tracta simplement de perdre l'alegria. L'alegria va i ve i, adesiara, n'hi ha prou amb una amenaça de plet, amb una irrupció d'alopecie, amb un comunicat de Ràdio Vaticà, prou de saber que una herència o una bona perspectiva se n'ha anat en orris per compungir qualsevol. Sempre he trobat que no cal fer ostentació d'estats d'ànim que es poden mitigar amb remeis tan naturals com una educada sessió d'espiritisme,

un porret de haixix sota una palmera o un viatge a països exòtics. Però ara el cervell em bull massa de pressa per recórrer a aquesta mena de remeis. Hi ha moments en què em tiraria a dins un forn de calç.

Tot va començar amb el falcó. Ells deuen ser els éssers més aberrants del planeta. Manipulen, emmetzinen, coaccionen. Actuen sense estètica i sense miraments. Per envestir, sols no esperen que sigui lluna nova. Me'ls imagín molt gremials, molt devots d'algun màrtir de l'antiguitat romana, segurament donats a les coses ocultes. El que és ben cert és que aquell falcó, un bell falcó de la reina, no l'havien agafat amb una llosa. Me'l vaig trobar a les persianes del carrer, a trenc d'alba. Durant la nit l'havien crucificat amb ferotgia. Jo m'havia aixecat de bona hora per anar a comprar panets d'oli acabats de treure del forn, i m'havia posat el jersei nou de fil d'Escòcia. Es tractava d'impressionar la fornera del carrer Simonet. Ara mateix m'excito de pensar en els territoris dels seus malucs. O en aquells llavis vellutats de viciosa: tot un luxe a l'hora de practicar l'onanisme.

La mala pècora just volia cardar amb el vicari. Nomia Júlia, però molts li deien Maria Magdalena, que és un nom més apropiat, més evangèlic. Amb l'home es guanyaven d'una vintena d'anys. Ell va ser sempre un eunuc, una pobre víctima propiciatòria. No és estrany que acabàs patint del fetge. De jove, tenia cura d'una guarda de porcs. Amb els porcs, els falangistes havien fet de tot i molt, durant la guerra. Era una de les seves devocions profundes. En voler organitzar un banquet, n'anaven a robar amb una vella camioneta color de pansa. Ja se'ls enduien difunts. Diuen que el primer que feien era tallar-los el crani amb una espasa de samurai. L'espasa era un obsequi d'un militar de cavalleria, que figurava com a accionista d'un club de cambres i acabà amistançat amb una prestidigitadora sud-americana. En aquella època aquesta casta de fets eren ben factibles.

Naturalment també eren altres saons. L'home de la fornera va néixer després del trenta-sis. Els seus pares tenien una carnisseria molt coneguda a tota la zona. Fabricaven uns botifarrons i uns cuixots que haurien encantat el psiquiatre: bon material i excel·lents espècies. El seu fill també arribà a tenir habilitats ben curioses. Amb freqüència, es jactava de conèixer el sexe dels insectes millor que ningú. Però, el pobre, se n'anà d'aquest món com un ca apallissat. “¡Julieta, per favor, no em vull morir sense que m'hagis fet una mamada!”, va dir quan li donaven l'extremunció. Però ella just vivia pels atractius del vicari.

La qüestió és que el dijous sempre havia estat el meu dia de la setmana predilecte. Ben el contrari d'en l'actualitat. Res no torna a ser el mateix quan te n'adones de les múltiples probabilitats que existeixen d'aixecar-te, un dijous, i trobar un falcó de la reina crucificat a les persianes del carrer quan surts de casa, de bon matí, amb un jersei de fil d'Escòcia, per anar a comprar panets d'oli acabats de treure del forn. Segons com, podria ser la conseqüència d'un desconcert planetari. Un número elevat de persones no acaben de dur sort amb els signes del zodíac. Diuen que, al menys, una de cada quatre. La veritat és que no puc jurar-ho ni ser més precís.

Parlant de signes zodiacals, el meu és Gèminis, regit per Mercuri. Gèminis és un signe d'aire i, a mi, ja em va bé. En teoria, som inconstant i curios i tenc rapidesa mental. Ells, alhora, tenen numerari. Infinites reserves de numerari mimèticament barrejades entre les casulles de la sagristia, entre les andròmines del soterrani de l'Ajuntament. Fet i fet, constitueixen una secta malèfica, amb poders tan intractables com els d'ultratomba. Ja fa estona que han calat foc als garrovers i a les lleis d'urbanisme. ¿Arribaran a urbanitzar el cementeri? El que és cert és que els capparets actuals coneixen a la perfecció els meus punts febles. Ho saben tot de la voluptuositat amb què somric a la fornera, i també saben que tenc irrefrenables instints

ornitològics. Segur que el batle els n'ha posat al corrent. No m'estranya que hagin actuat amb una precisió tan quirúrgica. Amb tot, no me'n penedesc d'haver alçat la veu contra la seva fúria destructora ni d'haver inundat la vila de pasquins.

Abans, el poble em mirava amb bons ulls. Però no existeix res que no tengui final. Primer va ser el falcó de la reina, en dijous. Després els atacs han esdevingut imprevisibles. Envien els sicaris, qualsevol dia de la setmana. Amb més falcons, amb òlibes, amb enormes mussols, amb esvelts corbs marins, amb no sé quantes tórtoraes, que deixen allà, crucificades, amb la seva innocència i els seus ulls de vidre esbatanats. ¿Com aconsegueixen cometre aquests excessos, atrocitats així, sense que jo els descobreixi?

És ver que compten amb la protecció de les altes instàncies i de les tenebres. Vénen d'incògnit, ràpids, nocturns, cavernosos, i actuen amb una desmesura tirànica. Inútilment, he arribat a passar molts de dies sense aclucar la vista, he provat de no distreure'm amb la voracitat amb què desig la fornera, he habilitat observatoris de vigilància a certes dependències de les golfes, he instal·lat mitja dotzena de càmeres ocultes i, en secret, he anat acumulant provisions d'arcs i de fletxes.

Amb això darrer, em vaig exposar molt: qualsevol dia el psiquiatre ho podria contar a la meva dona. Al final, ¿per a què? Ells coneixen totes les estratègies i les posen en pràctica de tal manera que esdevenen físicament invulnerables, i qui sap si també invisibles.

Hi ha moments en què pens que caldria convocar l'esperit de l'avi. L'avi guardava tota mena de remeis a dins els límits del canterano. Sobretot remeis contra els estralls de la fretura i de la traïció. Va estimar molt la geografia de les tapereres municipals. Convocaria, doncs, el seu esperit si no fos pel daltabaix que regeix la meva vida i la d'aquest poble. L'avi, amb cap

sabates, no trobaria la mar, la casa on va veure la llum per primer cop, cap topazi dins l'herba, les velles dreces dels contrabandistes. No trobaria un cirerer, un cossiòl, una pica d'aigua sense contaminar. L'illa s'esbuca. Ja no queda memòria. On hi havia parterres, ara hi ha bastiments, grues esgarrifoses. Plou ferro i ganivets i les raboses maten amb tota impunitat.

Me n'he d'anar d'aquí, però ¿a on? Vagi allà on vagi, enyoraré els malucs vertiginosos de la fornera. Enyoraré els seus llavis impossibles.

(1) De *Els miralls negres*, Editorial Meteora, 2013